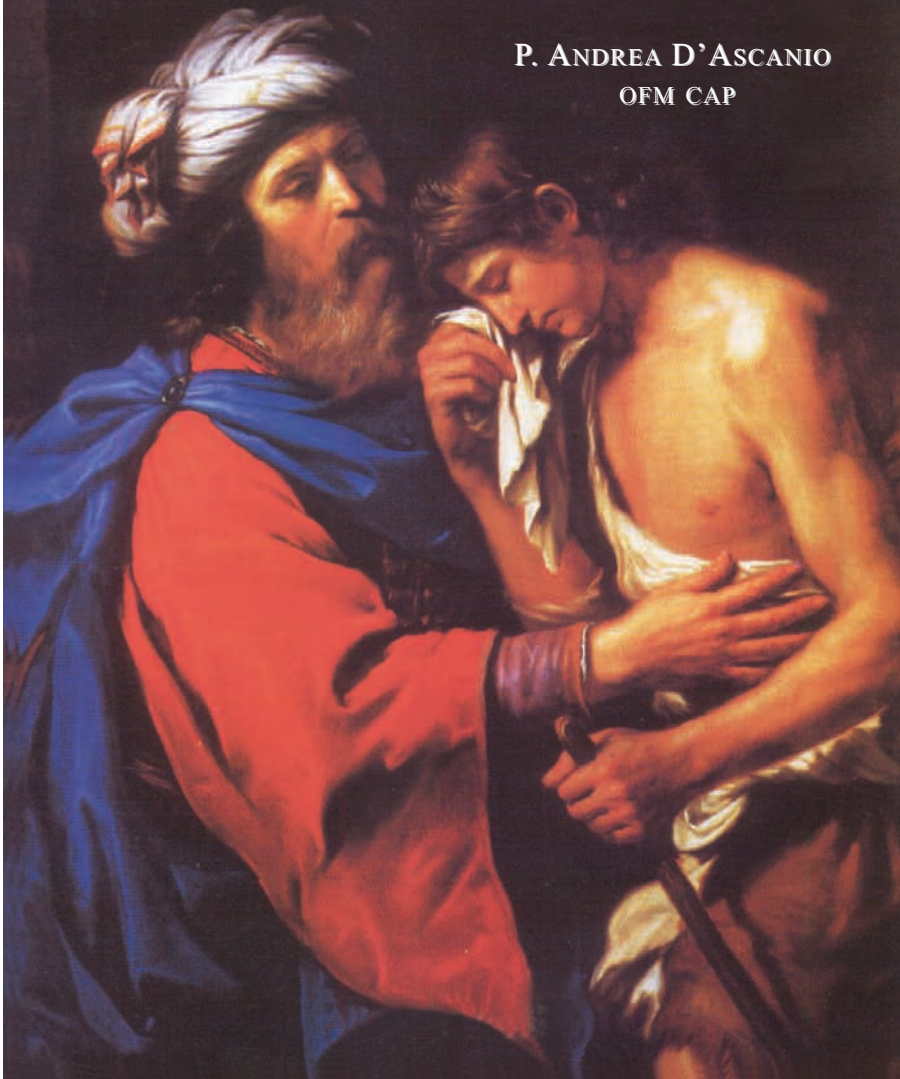


ES LA HORA DE LA MISERICORDIA

P. ANDREA D'ASCANIO
OFM CAP



PONTIFICIA UNIVERSITÀ GREGORIANA
 00187 ROMA - PIAZZA DELLA PILOTTA, 4
 Telef. 67011 - Teleg. FUGI - 00187 ROMA

*Non vedo nessuno ostacolo dottrinale
 per la pubblicazione degli scritti
 del Padre, redatti dal Padre Andrea
 D'Ascanio.*

21 Settembre 2000

J. Galot '13

ES LA HORA DE LA MISERICORDIA

por Padre Andrea D'Ascanio ofm cap

Titolo original:

“E’ l’ora della Misericordia”

Colección de meditaciones extraídas de la revista "Dios es el Padre"

Este libro se acabó de imprimir 6 de abril 1997

© Associazione Dio è Padre cp135 L'Aquila 67100

www.armatabianca.org

avemaria@armatabianca.org

INTRODUCCIÓN

De cada vez más lugares llegan mensajes cada vez más alarmantes: dos tercios de la tierra desaparecerán, inundaciones, terremotos, hambres, epidemias, guerras civiles, guerras locales, tercera guerra mundial, cismas en la Iglesia con papas y antipapas, catástrofes de todo tipo...

Muchos de esos mensajes provienen de fuentes confiables y no considero ni justo ni sabio ignorarlos. Por otra parte, todos conocemos las Escrituras y nos sería la primera vez que en la tierra se abatirían ríos de calamidades purificadoras. Si tomamos en consideración las dimensiones que ha tomado la maldad en la actualidad, es fácil convencernos que todos aquellos profetas de la amargura tenían razón, tanto que hacen eco de cuanto se encuentra descrito en el Apocalipsis y en las demás revelaciones que gozan de crédito como la de La Salette y la de Fátima.

¿Y entonces? ¿Nos limitamos a encender veladoras benditas, a ofrendar alimentos y leña durante los tres famosos días de oscuridad, cesando todas las actividades (tal y como está ocurriendo en varias partes) en espera de las catástrofes? ¿O nos vamos todos a Suiza, en donde todas las casas cuentan con la cómica “seguridad” de un refugio antinuclear? ¿Acaso no hay de verdad ninguna esperanza para detener el mal que está por explotar?

Nosotros tenemos algo más que una simple esperanza. Nosotros tenemos la certeza de que Dios es nuestro Padre y que él desea liberarnos del mal, de todos los males. Precisamente por esto, Jesús nos enseñó a rogarle: “¡Libranos del Mal!”.

*Si decimos que no se puede hacer nada, eso quería decir que no hemos captado lo que Jesús vino a revelarnos y que así no hacemos sino vanificar el regalo de Amor del Padre que es **“más fuerte que el mal, el pecado y la muerte”** (Dives in Misericordia [Rico en Misericordia] de Juan Pablo II).*

Veamos ahora cuál es el estado de las cosas para poder luego llegar a una decisión concreta sobre lo que podemos y debemos hacer.

I “PADRE, LÍBRANOS DEL MAL”

El primer mal del que tenemos que ser liberados es del gran engaño en que nos ha hecho caer Satanás, conforme al cual no vemos en Dios al Padre, sino al jefe. El *temor de Dios* (Gn 3, 10) es el sentimiento nuevo que nace en el corazón del hombre como primera y dramática consecuencia del pecado. Dicho temor nos bloquea la confianza en Él, quien es el único que puede salvarnos y nos hace sentirnos presa de un “jefe”, que nos aprieta cada vez más entre sus garras.

El segundo mal es el *miedo de los hermanos*, a quienes el propio Satanás nos presenta como “malvados” y, por lo tanto, como enemigos peligrosos de quienes debemos defendernos. En realidad, nosotros somos “malvados” sólo etimológicamente, esto es, somos prisioneros de Satanás que primero nos esclaviza y luego hace manifiesto este acto, poniéndonos a unos contra otros.

Esta es nuestra situación: primero, el enemigo nos separa del Padre por medio del pecado y, para impedirnos regresar a Él, nos inspira “miedo” en nuestra relación; luego nos obliga a golpearnos unos a *otros*,

haciéndonos creer que el otro es la causa de nuestros males, por lo cual debemos atacarlo para liberarnos del mal que nos tortura.

Esta es la dinámica que desde siempre hace arremeter al blanco contra el negro, a la esposa contra el marido, al subalterno contra el superior, al norte contra el sur... todo mundo está convencido de tener la razón, todo mundo está en busca de una liberación que, en aquel momento, sólo encuentra en la demolición del otro.

Así que, al sufrimiento de no creer más en la sonrisa del Padre, se agrega el de no ver a los demás como nuestros hermanos, sino como enemigos que nos odian. Es la muerte Amor, la soledad y la desesperación. Es el infierno anticipado.

Para salir de esta trampa infernal, se necesitan anteponer una serie de premisas a las cuales debemos dar crédito sin lugar a dudas. La primera de ellas es que Dios es Padre, solamente Padre y, por lo tanto, sólo Amor. De lo anterior, podemos comprender que sólo su Amor puede liberarnos del máximo mal que es el no Amor. En forma congruente con el pensamiento anterior, tenemos que reencauzar a su verdadera dimensión nuestra relación con Él.

La segunda premisa es que nuestros hermanos “cautivos” no pueden liberarse por sí mismos y que el Padre permite que arremetan en contra de nosotros para que nosotros lo liberemos con nuestro perdón. Así, también recuperaremos nuestra relación con los hermanos.

II “DIOS ES MI PAPÁ BUENO”

La primer cosa que tenemos que hacer es reconstruir dentro de nosotros la imagen paterna de Dios que Satanás ha deformado, al sustituir la figura del Padre tiernísimo con la del juez inflexible y vengativo. Para hacer esto tenemos que convertirnos, esto es, no debemos dejarnos orientar hacia la parte externa, sino al interior, a esa parte profunda de nosotros mismos en la cual vive el Padre. Tenemos que reconstruir en nosotros la huella trinitaria.

El hombre trinitario: el alma es el Padre, el cuerpo es el Hijo y el Espíritu es la realidad que procede de la armonía entre cuerpo y alma. Justo como en la Trinidad, a imagen y semejanza de la cual el hombre fue creado.

Tenemos que reinstaurar dentro de nosotros la armonía trinitaria, poniendo al cuerpo en total sujeción del alma por medio de la penitencia, el ayuno, la oración. Esta es la primera etapa: la purificación, la cual nos libera de la atracción hacia las falsas luces exter-

nas y nos permite intuir la fascinante Luz que brilla en lo más profundo de nosotros, pero que ha sido sepultada por nuestros muchos egoísmos.

Así es como se comienza a respirar un aire nuevo, a vivir esos momentos de paz que sólo el Padre es capaz de otorgar.

Cuando nuestro cuerpo ya se encuentra en armónica sumisión respecto del alma, ésta deja entrever su propia Luz y la sonrisa del Padre nos penetra haciendo nacer en nosotros un nuevo espíritu.

A la angustia, a la rabia violenta, a la desesperación la suceden la serenidad, la paz y la alegría. Nuestro espíritu se expresa con la sonrisa que es la más genuina expresión de Dios. Esta es la segunda fase, la iluminativa, que nos prepara para el gran encuentro con el Padre en la vía *unitiva*.

Esta es la última meta y la más dura y laboriosa, la cual sólo se logra conseguir sólo comprometiéndonos en una adhesión total a la Voluntad del Padre. Es el camino de Abraham, nuestro padre y modelo a seguir en la fe, siguió en un continuo “sí” a todas las peticiones del Padre. Es el ascenso a la gran Montaña que todos tenemos que llevar a cabo renegando de nuestro propio “yo”: el Isaac tan amado que cada uno de nosotros lleva por dentro. Es la santidad.

La santidad

La santidad, esto es, la plenitud de la vida divina en nosotros, no es una elección excepcional para unos pocos voluntariosos, sino que se trata de la meta obligada a la cual tenemos que aspirar todos:

“Sean perfectos, como perfecto es vuestro Padre que habita en los cielos” (Mt 5.48)

Dicha “perfección” sólo puede ser alcanzada uni-formándonos en plenitud, hasta lograr la negación total de nuestro propio “yo” en favor de la Voluntad del Padre. Esto es lo que realizó Jesús en Getsemaní, al precio de la muerte de su “yo”, la cual le costó sudor de sangre:

“¡Abbá!, o sea, ¡Padre!, para ti todo es posible, aparta de mí esta copa. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú”. (Mc 14.36)

El Getsemaní, esto es, el impacto decisivo de nuestro “yo” con Dios, es el paso obligado para todos quienes cruzan el camino de la santidad. Una vez superada esta última barrera, finalmente se termina por liberarse y cambia nuestra relación con Dios: nos volvemos Sus “amigos”, entrando en la dimensión de la

Misericordia que es el Amor puro y gratuito que trasciende todos nuestros criterios de “justicia”.

Con este “sí” existencial, con el cual nos rendimos totalmente a la acción purificante del Padre, superamos la “barrera del sonido” de las limitaciones humanas y entramos en la vivificante dinámica trinitaria. Podemos “mirar a Dios cara a cara” (1 Cor 13.12) y con Él conducir los destinos del mundo. Ya que nosotros no le habremos negado nada de nuestra humanidad, Él no nos negará nada de Su Divinidad, a la cual “*nada es imposible*” (Mc 14.36) y nos concederá todo aquello que nosotros Le pidamos. Mejor aún, todo aquello que Su Espíritu Santo pida en nosotros.

Hoy la santidad está al alcance la mano

¿Es difícil volverse santo?

No es fácil morir para nosotros mismos. Pero, si nos entregamos a María, todo se vuelve más ágil y ligero. Por esta razón, la Madre de Dios también en nuestra Madre, Ella es quien nos debe regenerar en la Nueva Vida de la Gracia y está presente entre nosotros como nunca antes lo había estado en la historia. Son los últimos tiempos, los tiempos de la última batalla, tiempos de emergencia: tiempos de infinita GRACIA. Si así lo queremos, hoy podemos recorrer

en pocas líneas un camino espiritual que en otros tiempos implicaba una vida de penitencia y desierto.

Esta debe ser hoy día nuestra meta, urgente más que nunca: la SANTIDAD, hoy es más fácil lograrse, porque este es el tiempo de la apertura total del Cielo que derrama toda su Luz sobre la tierra:

“Venga igualmente quien no tenga dinero...”

(Is 55.1)

“A aquel que tenga sed, le daré gratuitamente agua de la fuente de la vida.

Quien sea victorioso heredará estos bienes; yo seré su Dios y él será mi hijo”

(Ap 21.6)

En esta nueva dimensión de santidad, esto es, de total intimidad con Dios, ya no existe más una relación cuantitativa entre bien y mal, porque una gota de Misericordia divina pesa más que un mar de miseria humana.

Es en esta dimensión en la que debemos entrar, lo más rápido que sea posible. La salvación del mundo no puede venir sólo de la penitencia, porque ésta no lograría nunca devolver el balance respecto de la enorme cantidad de mal que crece todos los días en forma geométrica.

Este vino nuevo será donado por el Padre y será el milagro de la última hora, pero nosotros debemos pedírselo a Él en nombre de Jesús y María, en nombre de los mártires y los santos, en nombre de los innumerables niños mártires inocentes de estos tiempos.

Podemos pedirlo incluso en nombre de cada uno de nosotros, a quienes el Padre ama con infinita ternura y a quienes, en la Gracia, se volvió su hijo.

Podemos y debemos decirle **“¡Ven, Papá!”**.

III “¡VEN, PAPÁ!”

Nosotros somos más grandes que Abraham gracias al Bautismo. Y si luego, nos dejamos envolver totalmente por la gracia, consagrándonos totalmente a María y al Padre, entonces nuestro potencial de intercesión será infinito: no cometamos el error de mirar sólo a los angostos límites de nuestra humanidad contaminada, sino a la infinita potencia de la Gracia que se nos otorga.

Nuestro Padre es infinito en el Amor, mientras que nosotros somos pequeños, pequeños. Nosotros, tras una cierta cantidad de ceros, nos empantanamos en las comas, los cálculos, las proporciones. Él pone un ocho acostado (el símbolo del infinito = ∞) y todo se resuelve: ante la infinitud, todos los números de este mundo pierden significado.

Satanás nos mantiene encerrados en una jaula y continúa aterrizándonos, porque se mueve en nuestra poca fe y en nuestra debilidad. Temblamos de

miedo ante él, porque sentimos toda nuestra impotencia y la consecuente imposibilidad para liberarnos exclusivamente con nuestras propias fuerzas.

Pero si invocáramos el nombre del Padre, entonces seríamos salvos, porque Él intervendría inmediatamente, haciendo pedazos nuestras cadenas, con tal que dijéramos “**Papá**”.

Esto es lo que el Padre nos dice en el Mensaje que le dictó a la Madre Eugenia Elisabetta Ravasio, el cual es reconocido oficialmente por la Iglesia, tras diez años de indagatorias atentas y profundas:

“Todos aquellos que se dirijan a mí con el nombre de Padre, aunque fuese tan sólo una vez, no perecerán, sino que asegurarán la vida eterna en compañía de los elegidos”.

(Tomado de *El Padre les habla a Sus hijos*)

Sólo el Padre, interviniendo con Su Misericordia, podrá salvarnos. Satanás lo sabe y por eso no quiere que descubramos esta infinita fuente de Amor y continúa aterrizándonos con la imagen de la “justicia” que pende sobre nosotros.

El Padre está llegando cargado de Amor y de Luz, pero el infierno continúa extendiendo una cortina de niebla que desfigura dentro de nosotros la imagen del Padre y que no nos deja decir: “**¡Ven, Papá!**”.

Debemos ser profetas de la Misericordia

“Cuanto más la conciencia humana se aleje de Dios, y con ello del misterio de la Misericordia, tanto más la Iglesia tiene derecho de apelar a la Misericordia de Dios con fuertes gritos”.

(Juan Pablo II, Dives in Misericordia, VIII 15)

Hoy sentimos que el peso del infierno se vuelve cada vez más asfixiante, pero no le pedimos al Padre que nos libere de este yugo. Queremos ser liberados del mismo por el mal, olvidándonos con esto que sólo Él puede y quiere liberarnos del mal. ¿Por qué no Lo llamamos? ¿Por qué no le decimos de todo corazón: **“Papá, nos liberarías del mal?”** Si lo llamamos, Él vendrá y el mal escapará, porque no puede coexistir con su Amor.

Abraham, nuestro gran padre en la fe, debe ser nuestro modelo a seguir y debemos meditar sobre su caso, para comprender a fondo el Corazón de Dios que descende a la tierra no tanto *“para ver si en Sodoma y Gomorra los hombres han hecho tanto mal, como dicen los clamores que han llegado hasta el cielo”* (Gn 18.21), porque de hecho ¡ya sabía como estaban las cosas!, sino para buscar en su amigo Abraham un aliado que lo ayudara a echar a andar el mecanismo

de la Misericordia, que perdona; en vez de aquel esquema de “justicia”, que castiga.

Sabemos cómo terminaron las cosas: Abraham, que intuyó el deseo de Dios, pidió la salvación de 50 justos y gradualmente bajó la cantidad hasta 10 y Dios le dijo siempre “sí” a sus peticiones. Abraham se detuvo en 10 justos, los cuales no hubo, de modo que Sodoma y Gomorra fueron destruidas.

Si Abraham hubiera continuado “pujando” por el precio, hasta decir *“Señor, ¡Salva esas ciudades por amor a mí!”*, entonces el Padre habría continuado diciéndole que “sí”, porque Él dice siempre “sí” al Amor.

Sodoma y Gomorra no fueron salvadas por la confianza imperfecta de Abraham y no por la falta de disponibilidad del Padre, que tiene siempre listo el corazón para el perdón, cuya máxima expresión es la Misericordia.

Lo que tenemos que hacer hoy día es dejarnos envolver totalmente por el Amor del Padre y volvernos sus testigos, sus profetas de Amor para todos nuestros hermanos desesperados, quienes sólo podrán ser liberados por la Misericordia.

Misericordia: *“Miseris cor dare”*, otorgar el propio corazón a los miserables, esto es, a los hijos pobres y a los hermanos “cautivos”.

IV TODOS LOS HOMBRES SON HERMANOS MÍOS “CAUTIVOS”

¿Recuerdan el episodio de Moisés que “lucha” con Dios después que el pueblo, habiéndose fabricado un becerro de oro, “*se había dado a la diversión*”? (Éx 32.6). Leamos juntos nuevamente ese fragmento:

*“Entonces el Señor le dijo a Moisés en el cerro: «Vuelve y baja, porque **tu pueblo, que tu sacaste de Egipto, ha pecado. Bien pronto se han apartado del camino que yo les había indicado. Se han hecho un ternero de metal fundido y se han postrado ante él. Le han ofrecido sacrificios y han dicho: Israel, aquí están tus dioses que te han sacado de Egipto.»***

El Señor le dijo también: «Ya veo que ese pueblo es un pueblo rebelde.

Ahora, pues, deja que estalle mi furor contra ellos. Voy a exterminarlos, mientras que de ti yo haré nacer un gran pueblo.»

*Moisés suplicó al Señor, su Dios, con estas palabras: «¡Oh, Señor!, ¿cómo podrías enojarte con **tu pueblo, después de todos los prodigios que hiciste para sacarlo de Egipto?***

¿O quieres que los egipcios digan: «El Señor los ha sacado con mala intención, para matarlos en los cerros y suprimirlos de la tierra»? Aplaca tu ira y renuncia a castigar a tu pueblo.

Acuérdate de tus servidores Abraham, Isaac y Jacob, y de las promesas que les hiciste. Pues juraste por tu propio Nombre: «Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu raza la tierra que te prometí, para que sea de ellos para siempre.»

Así, pues, el Señor renunció a destruir a su pueblo, como lo había anunciado.» (Éx 32.7-14)

Así como aconteció en los tiempos de Sodoma y Gomorra, también en esta ocasión el Señor Dios tuvo que intervenir para detener un abuso intolerable, del que dependía la suerte de todo el género humano. Tal y como en su momento hizo con Abraham, pasó lo mismo con Moisés, su “amigo” en la tierra, y le presenta la situación con el dramatismo del caso, manifestándole su propósito de realizar un exterminio purificador.

En realidad el Señor está poniendo a prueba a Moisés, dejándole plena responsabilidad de la cosa (“*Tu pueblo, el que Tú hiciste salir...*”) e garantizándole, en todo caso, honor y gloria (“*Por el contrario, de ti haré una gran nación*”).

Moisés entiende el juego y devuelve al Señor la papa caliente (“*Tu pueblo, el que Tú hiciste salir...*”) y usa la autoridad que le fue otorgada para interceder por el pueblo, invocando al Señor, a su responsabilidad y a las promesas hechas a los antiguos padres.

Eso era lo que el Padre estaba esperando y, habiendo encontrado finalmente en el corazón de Moisés el eco de Su propio Corazón, “*abandonó el propósito de dañar a Su pueblo*”.

En verdad que Dios no se había hecho ningún “propósito” de exterminio. Esta intervención de “justicia” había sido hecha por el gran “*acusador de nuestros hermanos, por aquel que los acusaba día y noche ante nuestro Dios*” (Ap 12.10)¹.

Por eso la expresión “*abandonó el proyecto de dañar a su pueblo*” se debe entender en esta forma: “*Dios, gracias a Moisés, pudo absolver a su pueblo de las legítimas peticiones del acusador que había llevado a juicio al pueblo*”.

¹ En cuanto a esta línea de acción de Dios sobre la “justicia” remitimos a “*La giustizia del Padre*” del P. ANDREA D’ASCANIO O.F.M..

Si hemos recibido el don de la fe, si nos hemos entregado a nosotros mismos al Padre, por medio de María, en un acto de total inmolación, si tenemos la gracia de creer lo que el Padre nos escribe en su espléndida carta, que es la Sagrada Escritura, entonces tenemos la obligación de interceder por nuestros hermanos, tal y como Abraham (quizás con un poco de más confianza...), como Moisés.

V

“CUALQUIER COSA QUE PIDAN...”

¿Continuaremos creyendo que Dios está alejado de nosotros y que gobierna el mundo al estilo del viejo Júpiter que, como dueño irascible y violento, daba órdenes y lanzaba rayos cuando los hombres no obedecían en forma inmediata sus órdenes?

Por el contrario, de los ejemplos que hemos citado, salta a la vista una realidad bien distinta: Dios es una Padre infinitamente delicado, que busca salvar por todos los medios a sus hijos de las consecuencias producto de sus grandes culpas.

Pero para hacer entrar en el campo de juego a su Misericordia tiene necesidad de alguien que, en la tierra, haga resonar los latidos de su Corazón de Padre e interceda por los hermanos “cautivos”.

Si esto era en el Viejo Testamento, tanto más resultará ahora, después de la venida del Hijo, que se nos manifestó en la plenitud del Corazón del Padre, aunque nosotros todavía no lo hemos alcanzado a

comprender. Un ejemplo clásico viene de la Liturgia, que nos invita a rezar el Padre Nuestro durante la Sagrada Misa con la oración: “*Preceptis salutaribus moniti...audemus dicere: Pater noster*”. Lo que podemos traducir literalmente como: “Osamos llamarte Padre, sólo porque Jesús no lo ha ordenado”.

Por fortuna, el sentido del humor de Dios es infinito, tal y como Sus demás atributos.

El Padre está de nuestro lado

Pobre Jesús, ¡qué mal ha sido recibido tu mensaje! ¡Pobre Padre nuestro, que sacrificaste a tu único Hijo para volver a abrazar a todos tus hijos y para escucharte llamar “Papá” por todos ellos! ¡Qué mal hemos acogido el Amor que nos vinieron a dar, un Amor que pone totalmente al servicio de los hijos para hacerlos crecer en el Amor!

“Este es mi Cuerpo, esto es mi sangre, la sangre de la Alianza, que es derramada por muchos, para el perdón de sus pecados.” (Mt 26.26)

“Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo.” (Mt 16.19)

“Así todo lo que pidan al Padre en mi Nombre, él se lo concederá.” (Jn 15.16)

“Asimismo yo les digo: si en la tierra dos de ustedes se ponen de acuerdo para pedir alguna cosa, mi Padre Celestial se lo concederá.” (Mt 18.19)

Por todo cuanto hemos manifestado, sin dejar de mencionar que en las Escrituras existen muchísimos otros ejemplos similares, se deduce con extrema claridad que DIOS OBEDECE AL HOMBRE, si este Le pide por Amor cualquier cosa que sea en beneficio de nosotros. Porque Él es nuestro Papá y si le pedimos cosas buenas, entonces estará feliz de otorgárnoslas; más bien, es su propio Espíritu, actuando en nosotros, quien se las pide (Rm 8.26)

Es la hora de la Misericordia

En la biografía del párroco d’Ars se lee que un día el demonio se le apareció y, en tono muy rabioso, le gritó: *“¡Ya me has arrancado 70,000 almas!”*. Era el fruto de una vida pasada en el confesionario, en oración continua y vivida a base de papas cocidas sin sazonar. En la biografía de la madre Faustina de Kowalska se lee que, mientras estaba bordando, le

pidió a Jesús: *“¿Me harías un regalo? ¿Podrías salvar a todos los que mueran hoy?”*. Ante las objeciones de Jesús, que le hacía notar que lo que pedía era una cosa muy grande, la madre objetó: *“¿Por qué? ¿Acaso hay un límite a tu potencia de Amor?”*.

Y Jesús dijo su “sí”. Dijo “sí” a su propio Espíritu que le rogaba hacer dicho acto, actuando en la pequeña Faustina.

Intentemos hacer una comparación “racional”: ¿existe una proporción entre las 70,000 almas salvadas por el párroco d’Ars, con una vida de extrema penitencia y las aproximadamente 300,000 almas que Faustina salvó con un breve diálogo?

Esta es la diferencia que pasa entre la espiritualidad de la penitencia y la de la Misericordia.

VI LA “VENGANZA” DEL PADRE

Hoy vivimos en tiempos de pecado extremo. Ya comentamos en la apertura que, incluso aunque hubiera muchas personas dedicadas a la penitencia, no bastarían para bloquear la potencia del mal que se propaga.

La respuesta de Dios a la difusión del mal es la manifestación extrema de Su Amor.

La “venganza” del Padre es la Misericordia, la cual se manifestará precisamente en el período de mayor *oscuridad espiritual*, justo en los días de tinieblas que han sido descritos por tantos profetas actuales de la calamidad y que estamos temiendo:

*“El sol ya no será más tu luz de día,
ni te iluminará más el claro de luna...”*

*El Espíritu del Señor está en mí,
porque el Señor
me ha consagrado con la unción;*

*Ya no tendrás necesidad del sol para que alumbre
tu día, ni de la luna para la noche...
¡El Espíritu del Señor está sobre mí!
porque el Señor
me ha consagrado con la unción;
me ha enviado con un buen mensaje para los humildes,
para sanar los corazones heridos,
para anunciar a los desterrados su liberación,
y a los presos su vuelta a la luz,
para proclamar un año feliz lleno de los favores
del Señor,
y el día de la venganza de nuestro Dios,
para consolar a los que lloran
y darles a los afligidos de Sión,
una corona en vez de ceniza,
el aceite de los días alegres, en lugar de ropa de luto,
cantos de felicidad, en vez de pesimismo”.*
(Is 60.19; 61.1-3)

“Jesús, María, ¡los amo!”

Todos conocen la estupenda jaculatoria dictada por Jesús a la madre capuchina María Consolata Betrone: “*Jesús, María, los amo. Salven almas*”.

A esta jaculatoria se liga la promesa que, siempre que fuera recitada, se habrá de salvar un alma. Parecía

una promesa insuperable en su munificencia, si se piensa en los “treinta días de indulgencia” que en general se le concedían a la Iglesia para jaculatorias del género.

Hoy, por medio de una santa y humilde mística alemana, la promesa de Jesús fue “actualizada” por el Espíritu en la medida de los tiempos en que estamos viviendo: Jesús invitó a Justine Koltz a que pidiera siempre por la salvación no de una, sino de miles de almas en cada respiración¹:

“Jesús, María, ¡los amo!

Salven las almas de los Sacerdotes, salven almas.

¡Les rogamos suplicantes, que nos concedan repetir este acto de amor miles de veces a cada respiración, en cada latido!”

“Debemos perdonar al mundo”

En uno de los escritos de la Sierva de Dios, Luisa Piccarreta, “Luisa la Santa”, la pequeña profeta de la máxima espiritualidad que es el “FIAT” de la Voluntad del Padre, se lee un episodio interesante y particularmente en línea con el argumento que estamos tratando.

Un día Jesús le hizo ver el mal que había en el mundo y el panorama negativo que provocaría; Luisa

comienza unas “vencidas” con Jesús, al estilo aquel que sostuvo Abraham por Sodoma y Gomorra, y Jesús cedió a sus peticiones. En otro momento, la escena se repitió, pero esta vez fue una lucha mayor; Luisa volvió a la carga y venció también en dicho encuentro. En un tercer encuentro, Jesús le hizo ver nuevamente el mal, pero en una medida tan grande que la pequeña Luisa no pudo volver a insistir y abandonó la lucha. Jesús se retiró comentando: *“Viste que tan perverso es el mundo: tú misma lo dijiste...”* Luisa se quedó como si fuera de “palo” y no logró quedarse tranquila, porque *“en vez de obtener el perdón para el mundo”*, se quedó con la impresión de que aquella había sido una ocasión para que Jesús se indignara en contra de éste.

Mis hermanos, ¿cuándo comprenderemos que el Padre nos ama mucho más, de cuanto nos podemos imaginar, y que quiere nuestra aportación para disolver el mal con la Potencia de su Amor? ¿Cuándo nos convenceremos de que tiene necesidad de nosotros, de nuestra mediación, para poder hacer entrar en juego a la Misericordia que es más fuerte que el mal, que todos los males; que es más fuerte que el pecado, que todos los pecados; que es más fuerte que la muerte, que todo género de muerte?

Ya hemos mostrado el camino. La primera etapa es lograr nuestra santidad en una total e incondicional

adhesión a la voluntad del Padre: está es la única cosa que podemos y debemos hacer. No omitimos mencionar nuevamente, que este tiempo resulta particularmente propicio para ello. La segunda es “luchar” con Dios por la salvación de los hermanos.

Pero si no queremos empeñarnos en esta última tarea obligatoria y urgente, porque quizá continuemos creyendo que esas no son cosas para nosotros, entonces juguemos nuestra última carta: la de la **inocencia de los niños**.

Con este último objetivo, citamos un episodio de la biografía de la madre Eugenia Elisabetta Ravasio, el cual publicamos hace más o menos 13 años:

“Padre, por esta inocencia, te rogamos: ¡sálvanos!”

En el buque de vapor que va de Tangeri a Marsella, comienzan a resonar de repente las sirenas de alarma y el megáfono da la orden de subir todos al puente. El estallido de una caldera ha producido una vía de agua a causa de la cual el agua había comenzado a entrar en el barco y éste comenzó lentamente a inclinarse.

A bordo también se encontraba la Madre Eugenia, que subió al puente e intentó inútilmente de calmar a la multitud de pasajeros que se abalanzaban sobre los botes salvavidas.

Una madre que sostenía en los brazos a su hijo, demudada por el terror, se pegó junto a ella, porque la veía tan serena en aquel caos. La Madre Eugenia le sonrió y le pidió que le acercara al niño.

La mujer obedeció como un robot, subyugada por la profunda calma que inspira esta joven madre, que tomó al pequeño, lo alzó al cielo y, con su espléndida voz, entonó el siguiente canto: *“Yo creo en ti, Señor. Yo creo en ti...”*.

La madre del niño se unió al canto, luego se unió otra persona, luego otra y otra. El canto se hacía cada vez más seguro y en breve el puente del buque se volvió un gran palco desde el que se elevó al Padre el coro más espléndido que los ángeles hayan nunca escuchado.

Todos juntos cantaron: pasajeros, oficiales, marineros; parecía estar a un siglo aquel terror que habían experimentado todos hacia apenas unos pocos instantes.

*“Padre, por este niño,
por esta inocencia,
¡sálvanos!”*

Es la oración que la Madre Eugenia dirige al Padre por todos, en nombre de todos. Es la inocencia hecha oración en un himno de fe que surcó los cielos.

Lentísimamente el buque retomó la línea de flotación logró mantenerse a flote hasta llegar al puerto de Marsella.

Todos los integrantes de la tripulación-muchos con los pies desnudos- guiados por la Madre Eugenia, se dirigieron al santuario de nuestra Señora de la Guardia, para agradecerle el favor recibido.

La salvación vendrá...

El lenguaje profético está compuesto de palabras y gestos que dan valor a la palabra y le otorgan una potencia expresiva casi plástica.

La Madre Eugenia es una profetisa en el más amplios de los sentidos, además se puede decir que es una de las más grandes de todos los tiempos, visto que le manifiesta a los hombres el mensaje más espléndido de Dios: **el Padre del cielo tiene para sus hijos sólo planes de alegría y vida, basta que lo llamemos "PADRE" y Él no revestirá de Luz.**

Esto es lo que dice la Madre Eugenia a cada uno de nosotros con la "palabra" del Mensaje "El Padre le habla a sus Hijos"¹. El niño que ella eleva al cielo es el "gesto" con el cual el Mensaje se perfecciona y está dirigido en forma específica a la Iglesia.

¹ "I"EL PADRE HABLA A SUS HIJOS", Nuestra Asociación distribuye gratuitamente este mensaje.

La barca de Pedro está en peligro, pareciera que se está hundiendo: si, por intercesión de María, la Iglesia ofreciera al cielo la inocencia de los niños, entonces el Corazón del Padre se abriría y emanaría la potencia del milagro, la cual, a su vez, haría emanar la potencia del milagro que transforma todo en Amor.

Desde hace más de cien años, María nos está indicando el camino a seguir, apareciéndose siempre a niños (La Salette, Pontmain, Lourdes, Fátima, Bearing, Banneux, etc.), a quienes les pide que "se ofrezcan" al Padre (Fátima), para que se establezca en el mundo una era de paz².

Ojalá que la Iglesia acepte finalmente la invitación de María. Ojalá que la Iglesia preste oídos al Mensaje de salvación que, por medio de la Madre Eugenia, el Padre nos ha regalado en esta época de oscuridad.

La salvación se dará, en buena medida, por la inocencia de los niños que, ofrecidos al Padre, harán brotar de su Corazón dulcísimo el mar de su Misericordia.

² Por tal motivo invitamos a los padres de familia, a educadores y a los sacerdotes a leer con atención nuestra publicación "HABRÁ APÓSTOLES ENTRE LOS NIÑOS" y procurar que sus hijos reciban la Primera Comión no a los siete años sino al primer uso de razón según la enseñanza de los Santos Padres. "Los niños que tienen a Jesús en el corazón y el Rosario en la mano son los pequeños David que se enfrentan al mal y lo desbaratan".

“...Yo, el Padre, día tras día, voy a la conquista de mis hijos. Es un camino lento y fatigoso, pero también jubiloso, porque junto a mí siempre está María. Ella es espléndida y con Su Sonrisa parece decirme: “Ánimo, Padre mío, aquí estoy yo y te amo, estoy Yo que he comprendido tu amor por el hombre...deja que te sustituya Yo en el andar...Descansa Padre, olvídate por un momento de la tierra o, si no puedes dejar de hacerlo, entonces mira hacia donde están los niños que nos han consagrado a ti y a mí y en ellos, con esa inocencia que nos pertenece a nosotros, descansa tu Vista y tu Corazón ; vuelve a sonreír, porque en ellos la humanidad se salva, con ellos vamos a construir cielos y tierras nuevos y, cuando los hombres sean más malos, cuando sean totalmente esclavos de Satanás, entonces yo sabré cómo hacer para ganar la batalla: tomaré a un niño, al más pequeños de aquellos que nos hubieran consagrado, lo levantaré hacia ti y te diré: “Por este inocente que te ama y que a ti ha sido ofrecido, te ruego Padre, disuelve el corazón del hombre que se me resista y que se niegue a regresar a casa”. Y tú, por amor hacia aquel niño, tendrás piedad y harás arder a aquellos corazones endurecidos que, al reconocerte, te habrán de llamar Padre y serán salvos.

Padre mío, ten confía en la Madre, en tu Hijo, fíate de los Ángeles: ellos te llevarán a todos los hombres, uno por uno, porque todos ellos son tus hijos”.

El Padre, conmovido, sonreirá, porque habrá visto el amanecer de una era de paz...

(III volumen de “Dios es mi Padre” del P. Andrea D’Ascanio)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
“PADRE, LÍBRANOS DEL MAL”.....	7
“DIOS ES MI PAPÁ BUENO”.....	10
“¡VEN, PAPÁ!”.....	16
TODOS LOS HOMBRES SON HERMANOS MÍOS	
“CAUTIVOS”.....	20
“CUALQUIER COSA QUE PIDAN...”.....	24
LA “VENGANZA” DEL PADRE.....	28